

Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Las dos Américas: glosas de un Centenario

Autor: González Acosta, Alejandro

Forma sugerida de citar: Gonzalez, A. (1991). Las dos Américas: glosas de un Centenario. *Cuadernos Americanos*, 3(27), 164-202.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 27, (mayo-junio de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LAS DOS AMÉRICAS: GLOSAS DE UN CENTENARIO

Por *Alejandro* GONZÁLEZ ACOSTA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIBLIOGRÁFICAS, UNAM

Razón y sentido de un centenario

EL 30 DE ENERO de 1891 el periódico mexicano *El Partido Liberal* publicó un extenso y sustancioso artículo de vuelo ensayístico. Aparecía por primera vez “Nuestra América”, el vibrante documento escrito por José Martí, el gran obsesionado por el continente latinoamericano. Hoy, a cien años de la fecha, puede comprobarse con el recurso sencillo de la comparación, la cercanía asombrosa del texto, pues parece difícil creer que exista un siglo desde la salida de ese texto fundamental y el momento presente. Y esto, por la doble paradoja de la modernidad del mismo y por el antiguo sabor de nuestros problemas y dolores: poco ha cambiado —en aspectos esenciales— América Latina de cien años acá. El pensamiento alucinado y lúcido de Martí pervive en la hora actual.

Cuadernos Americanos ha sentido la fuerza de recordar, con esta fecha propicia y a la luz de uno de los cerebros más penetrantes de la historia, la actualidad de “Nuestra América” en el pretexto de su centenario. Ha creado espacio propicio para reflexionar sobre la génesis y manifestación de ese ensayo que nos cala hasta los huesos. Y resulta que más que un hecho aislado y fortuito dentro de la producción martiana, “Nuestra América” es la pieza que marca una de las cimas de su pensamiento continental. Antes se ha recorrido el camino de la confrontación y depuración de un ideario propio y extensible con carácter paradigmático, en una tarea sostenida con penetrante persistencia y que, como en “Nuestra América”, alcanza también en las colaboraciones para el periódico argentino *La Nación*, alturas de cóndor en la visión de nuestros problemas. En estas páginas coinciden José Martí y Rubén Darío, con sus pro-

sas deslumbrantes, para tratar un tema muy cercano a “Nuestra América”: la presencia de Estados Unidos y la temible cercanía de un apetito voraz. Ambos, primero Martí, después Darío, cada quien con su óptica personal, hundirán la mirada en el cuerpo del coloso amenazador; ambos continuarán lo que hicieron en el periódico argentino: el primero dará “Nuestra América”; el segundo, la “Oda a Roosevelt”. Formidables partos de la angustia, tan cercana a nosotros hoy, cuando apenas podemos creer que ya transcurrieron otros cien años de nuestra soledad.

I. Nace un diario

CUANDO en 1870 Bartolomé Mitre (1821-1906), militar, político y erudito que lo mismo comentaba a Clausewitz que traducía al Dante, adquiere la propiedad del diario *La Nación*, comenzaba de esta manera una empresa de patria y cultura con plenitud consciente de sus propósitos mayores. Desde el primer momento, el intento de hacer un gran diario no sólo nacional sino continental fue la guía de este empeño que en apenas dos décadas hizo de *La Nación* el periódico más activo, moderno e incidente en la vida de las repúblicas latinoamericanas. La brillante pléyade de colaboradores que reunió hace de este periódico, que cumple 120 años de creado, un ejemplo de prensa latinoamericana, animada por lo mejor del aire cosmopolita.

Argentina, sin embargo, fue uno de los últimos países en el continente en poseer imprenta: es apenas en 1780 cuando se cuenta con este invento para diseminar la cultura. El mismo fundador de *La Nación*, al hablar de los “Orígenes de la imprenta argentina”, señala que

la aparición de la imprenta en el Río de la Plata es un caso singular en la historia de la tipografía después del invento de Gutenberg. No fue importada: fue una creación original. Nació o renació en medio de selvas vírgenes, como una Minerva indígena armada de todas sus piezas, con tipos de su fabricación, manejados por indios salvajes recientemente introducidos a la vida civilizada, con nuevos signos fonéticos de su invención, hablando una lengua desconocida en el viejo mundo y un misterio envuelve su principio y su fin.¹

¹ Bartolomé Mitre, “Orígenes de la imprenta argentina”, *La Biblioteca*, Buenos Aires, II (1896), pp. 52-57, *apud* Georges Weill, *El diario*, Méxi-

Millares Carlo, por su parte, dice que, ya desde 1630, los misioneros jesuitas establecidos en la zona intentan difundir la imprenta entre los pobladores guaraníes, y se detiene en la labor del monje alemán Juan Bautista Neumann, que sería el pionero de este empeño de cultura.²

El desarrollo azoroso de la prensa en América Latina está muy estrechamente vinculado, como resulta natural, con el de la imprenta. José Antonio Fernández de Castro y Andrés Henestrosa, en un interesante y documentado "Apéndice" a *El diario*, de Georges Weill, señalan como primeros ejemplos de lo que podría considerarse el inicio del periodismo en nuestro continente algunas hojas volantes que se supone salieron del taller de Juan Pablos en la capital del Virreinato de la Nueva España en 1542, y que daban noticia de un terrible sismo ocurrido el año anterior en Guatemala. Demos un salto en la historia del periodismo continental hasta 1799, año en que se inicia en Buenos Aires el expediente para establecer un periódico, que se pensó llamar inicialmente *Gazeta de Buenos Ayres*, en tiempos del virrey Don Nicolás de Arredondo. Finalmente, apareció con el nombre de *Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico, e Historiógrafo del Río de la Plata*, el primero de abril de 1801, por la gestión de Francisco Antonio Cabello y Mesa. Al igual que en los casos de importantes periódicos limeños y habaneros, surgió como un derivado de la gestión de la Sociedad Patriótica, Literaria y Económica. "Pequeña enciclopedia" llamó Alfonso Reyes a este periódico que duró dos años en sus apariciones bisemanales. Es el general Manuel Belgrano quien funda poco después el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, que encabeza Hipólito Vieytes y más tarde, el *Correo del Comercio*, cuyo primer número aparece el 3 de marzo de 1810. Esta década es especialmente prolífica en diarios argentinos: la *Gaceta de Buenos Aires*, dirigida por Mariano Moreno, aparece el 7 de junio de 1810 y tiene una larga vida de once años, hasta el 12 de septiembre de 1821; *El Americano*, dirigido por Pedro Feliciano Cavia y Santiago Vázquez, aparece por primera vez el 3 de mayo de 1819; dos años más tarde, Santiago Wilde funda *El Argos de Buenos Aires* (1821-1823) y desde 1838 el general Bartolomé Mitre hace armas periodísticas

co, FCE, 1940. *Vid.* "Apéndice", por José Antonio Fernández de Castro y Andrés Henestrosa, p. 157.

² Agustín Millares Carlo, *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, México, FCE, 1981, pp. 140-142.

con sus colaboraciones en el periódico uruguayo *El Iniciador*. Poco después ya ocupa el puesto de redactor jefe de *El Nacional* y en 1870 adquiere *La Nación*; de inmediato deja sentir un poderoso impulso renovador que se refleja en el reconocimiento de la profesionalización del gremio, pues crea corresponsalías extranjeras, introduce notables mejoras materiales en el diario, establece la información cablegráfica y señala sueldos honorables para los distintos colaboradores del periódico. En pocas palabras, funda el primer órgano de prensa moderna en la América del Sur. Señala también así una pauta para los diarios del continente.

Punto esencial de la política de Mitre al frente de *La Nación* fue conseguir para sus páginas las colaboraciones de las más acreditadas plumas de América y del mundo. Creo que son poquísimos los periódicos latinoamericanos que pueden ostentar con igual orgullo la brillante relación de colaboradores que desde el principio tuvo *La Nación*. Por eso no asombra que entre ellos se cuenten como verdaderas cumbres de las letras hispanoamericanas, dos colosos como José Martí y Rubén Darío: un cubano y un nicaragüense que adquieren prestigio continental a través de ese diario argentino. El propósito ecuménico del general Mitre daba frutos jugosos desde el primer momento.

II. Martí en La Nación

EL 15 de julio de 1882 José Martí envía su primera colaboración a *La Nación*, que publica el 13 de septiembre del mismo año. Se inicia así una correspondencia que durará hasta el 20 de mayo de 1891, casi diez años de reseñar para las páginas del diario argentino las imágenes de su estancia en los Estados Unidos. La política de Martí en sus artículos y la actitud de amplio respeto por parte de Mitre se traslucen en la carta que envía a éste desde Nueva York el 19 de diciembre de 1882 y de la cual entresaco algunos párrafos que creo significativos. En respuesta a las sugerencias que le hacía el director del diario, Martí señala:

. . . leí con verdadero gozo sus observaciones acerca de la naturaleza de las cartas en que su buena voluntad permite me empeñe, y que el gozo fué tanto porque ví mis pensamientos en los suyos, cuanto porque penetró Vd. en los míos . . . Ciertamente que no me parece que sea buena raíz de pueblo, este amor exclusivo, vehemente y desasosegado de la fortuna material que malogra aquí, o pule sólo de un lado, las gentes, y les da a

la par aires de colosos y de niños. Cierito que en un cúmulo de pensadores avariciosos hierven ansias que no son para agradar ni tranquilizar, a las tierras más jóvenes, y más generosamente inquietas de nuestra América. Cierito que me parecería cosa dolorosísima ver morir una tórtola a manos de un ogro. Pero ni la naturaleza humana es de ley tan ruín que la oscurezcan y encobren malas ligas meramente accidentales; ni lo que piense un cenáculo de ultra-aguilistas es el pensar de todo un pueblo heterogéneo, trabajador, conservador, entretenido en sí, y por sus mismas fuerzas varias, equilibrado; ni cabe de unas cuantas plumadas pretenciosas dar juicio cabal de una nación en que se han dado cita, al reclamo de la libertad, como todos los hombres, todos los problemas. Ni ante espectáculos magníficos, y contrapeso saludable de influencias libres, y resurrecciones del derecho humano, aquí mismo a veces aletargado, cumple a un veedor fiel cerrar los ojos, ni a un decidor leal decir menos de las maravillas que está viendo. Hoy, sobre todo, en que en ciertas comarcas de nuestra América, en que arraigó España más hondamente que en otras, se capitanea, bajo bandera literaria y amor poético a la tradición, una mala empresa de vuelta a los estancados tiempos viejos, urge sacar a luz con todas sus magnificencias y poner de relieve con todas sus fuerzas, esta espléndida lidia de nombres. Siendo ésa mi manera de pensar, bien hizo Vd. pues en mermar de mi primera carta . . . lo que pudiera darle, por ser primera e ir descosida de otras, aire de prevenida y acometedora. Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer los artículos de diario como si fueran libros, por lo cual no escribo con sosiego, ni con mi verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme, y cuando puedo, en pequeñas obras sucesivas, ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí. . .³

Después de mencionarle a Mitre su reticencia en la crítica (que no entiende sino como el “ejercicio del criterio”, habla del silencio como su mejor reprobación:

Cuando haya cosas censurables, ellas se censurarán por sí mismas; que yo no haré en mis cartas —pues va dicho sin decirlo que acepto el honor de escribirlas para *La Nación*— sino presentar las cosas como sean, que es sistema cuerdo de quien por no ser de la tierra, tiene miedo de pensar desacertadamente, o amar demasiado, o demasiado poco. El método para las cartas de New York que durante un año he venido escribiendo, hasta

³ José Martí, “Carta a Bartolomé Mitre y Vedia”, Nueva York, 19 de diciembre de 1882. *Vid. Epistolario de José Martí*, t. I, introd. y notas de Félix Lizaso, La Habana, Cultural, 1930, pp. 92-93. En adelante, *Epistolario*.

tres meses hace que cesé de ellas, ha sido poner los ojos limpios de prejuicios en todos los campos, y el oído a los diversos vientos, y luego de bien henchido el juicio de pareceres distintos e impresiones, dejarlos hervir y dar de sí la esencia, cuidando no adelantar juicio enemigo sin que haya sido antes pronunciado por boca de la tierra, porque no parezca mi boca temeraria, y de no adelantar suposición que los diarios, debates del congreso y conversaciones corrientes, no hayan de antemano adelantado. De mí, no pongo más que mi amor a la expansión —y mi horror al encarcelamiento del espíritu humano . . . ¿no le parece esta manera de zurcir mis cartas? . . .⁴

Esta misiva, entre líneas, habla de preocupaciones encontradas entre Martí y Mitre. El primero, poseído por el ardor de una causa, ha escrito la mejor visión decimonónica de la realidad norteamericana. La ha calado hasta el fondo, con la urgencia y el temor de ver la amenaza que late en sus entrañas. Mitre, por su parte, atiende a la proyección editorial de su empresa y, editor cuidadoso, pide moderación y temperancia al verbo martiano. La carta del cubano, con finos toques, allana toda dificultad, y ambos se reconocen como pares, de lo cual ofrece clara prueba la extensa colaboración de Martí con *La Nación* aún después de la misiva. Sólo la urgencia de patria le obligará a abandonar la pluma dedicada a *La Nación* para empuñar la palabra radiante que llame a la “guerra necesaria” en su país. Poco antes de comenzar a escribir para el diario argentino, en carta a Fausto Teodoro de Aldrey y al salir de Venezuela, Martí había dicho:

De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles, ni de su cuna reniegan hijos fieles.⁵

El compromiso con *La Nación* es la manera de materializar una voluntad largo tiempo antes señalada que encuentra en este periódico su gran salto continental. A Mitre, “caballero bueno de las letras, que de fijo lo es bueno en todas las cosas de la vida”, como lo llama,⁶ dedica su compromiso:

⁴ *Ibid.*

⁵ *Epistolario*, p. 72.

⁶ *Epistolario*, p. 95.

... cada mes, como Vds. bondadosamente me lo piden, comenzando por el próximo enero, y por vapor directo, o el primero que en el mes salga, le enviaré en mi carta noticia, que procuraré hacer varia, honda y animada, de cuanto importante por su carácter general, o especialmente interesante para su país, suceda en éste. Lo pintoresco aligerará lo grave; y lo literario alegrará lo político. Cuando hablo de literatura, no hablo de alardear de imaginación, ni de literatura mía, sino de dar cuenta fiel de los productos de la ajena...⁷

Y precisa:

Escribiré para *La Nación* fuera de todos los respetos y discreciones necesarias en quien sale al público —como si escribiera a mi propia familia. No hay tormento mayor que escribir contra el alma, o sin ella. Por lo generosa —y bien sé cuán valiosa es la hospitalidad que *La Nación* venerable me brinda—, tengo las manos llenas de gracias. La estimo vivamente, y haré por pagarla...⁸

La relación de Martí con el periodismo, que alcanza en *La Nación* uno de sus momentos más depurados y trascendentes, no deja de ser curiosamente la de un vínculo de *amor-desamor*. En carta escrita a los veinticuatro años de edad a Joaquín Macal, Ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala, Martí le advierte:

No me anuncie Vd. a nadie como escritor, que tendré que decir que no lo soy. Amo el periódico, y, lo odio... no, que odiar no es bueno, lo repelo como disturbio. Por sistema me tengo vedada la injerencia en la política activa de los países en que vivo. Hay una gran política universal, y ésa sí es la mía, y la haré: la de las nuevas doctrinas.⁹

La Nación será pues, en su momento, la cátedra propicia e inigualable que Martí empleará después para la difusión de sus convicciones, angustias y esperanzas. Tanto es así, que cuando haga el balance final de su obra, en vísperas del riesgo y de la muerte, en la carta a su amigo Gonzalo de Quesada que se considera como su “testamento literario”, le advertirá:

⁷ *Epistolario*, p. 94.

⁸ *Epistolario*, p. 95.

⁹ *Epistolario*, p. 23.

Ni ordene los papeles, ni saque de ellos literatura, todo eso está muerto, y no hay ahí nada digno de publicación, en prosa ni en verso: son meras notas. De lo impreso, caso de necesidad, con la colección de *La Opinión Nacional*, la de *La Nación*, la de *El Partido Liberal*, la de *La América* hasta que cayó Pérez y aún luego, la del *Economista*, podrá irse escogiendo el material de los seis volúmenes principales.¹⁰

Los críticos de la obra martiana han señalado puntos de gran interés en sus colaboraciones a *La Nación*. Manuel Pedro González, uno de los más destacados, anota que

las que en 1882 empezará a enviar a *La Nación* de Buenos Aires no hacen más que prolongar aquel portento de ritmo y plasticidad que alcanzó plenitud en *La Opinión Nacional*. El año de 1882 es el de mayor trascendencia en la evolución literaria martiana. Aparte del gran número de formidables crónicas europeas que envió a Caracas durante los primeros meses de 1882, y las remitidas a *La Nación*, en este año escribió "El poema del Niágara" y los ensayos sobre Emerson, Longfellow, Oscar Wilde, Darwin, etc. Este año también se publicó *Ismaelillo* y escribió, parte por lo menos, de los *Versos Libres*. De este año es la carta a Mitre y Vedia, tan importante para conocer sus ideas sobre la crítica y su concepto de la labor periodística. Este año marca el inicio de su popularidad y de su prestigio continentales como escritor.¹¹

Por su parte, Manuel Isidro Méndez señala perspicazmente:

Es digno de notar cómo Martí parece cuidar difundir sus escritos en los pueblos en que sabe se sufre o se incuba el mal que expone, comenta y sobre el que dictamina. A *La Nación*, de Buenos Aires, envía sus artículos tratando del socialismo y cuestiones obreras, entre los que cuenta aquel modelo de exposición y crítica "La guerra social en Chicago". A Méjico, y no a la Argentina, manda las insuperables crónicas "El cisma de los católicos en Nueva York" y "La excomunió del Padre Glynn".¹²

La Nación supuso para Martí un medio de multiplicarse y una vía de depuración que alcanza en lo más espléndido de su madurez literaria y humana.

El carácter en que Martí tenía a *La Nación* como vínculo americano se puede evidenciar en el incidente que sigue: el 10 de octu-

¹⁰ *Epistolario*, t. III, p. 199.

¹¹ Manuel Pedro González e Iván A. Schulman, *Martí, Darío y el Modernismo*, Madrid, Gredos, 1969, p. 169.

¹² Manuel Isidro Méndez, "Introducción", *Ideario martiano*, La Habana, Cultural, 1930, p. xvii.

bre de 1890, al mismo tiempo que pronuncia su célebre discurso de Hardman Hall en honor de la efemérides patriótica cubana, Argentina y Paraguay lo designan su Cónsul en Nueva York. Llevaba ya para la fecha ocho años de colaborar periódicamente en las páginas de *La Nación*, y supongo que esto ha de haberlo ayudado decisivamente para su designación consular. Apenas un año ocupa estos nombramientos, pues el 11 de octubre de 1891 renuncia a su dignidad y empleo, por el temor de comprometer a las patrias representadas con su actividad cada día más febril en favor de la independencia cubana. Así, le escribe una emocionada carta a Vicente Quesada, Ministro argentino en Washington, fechada en Nueva York el 17 de octubre de 1891, donde, después de agradecerle cumplidamente el honor que significó para él la posición consular argentina, le comunica que

un periódico español en esta ciudad ha publicado un artículo en que intenta hallar incompatibilidad entre mi nacimiento de cubano, que me obliga a luchar para obtener para mi patria lo mismo que los padres de la patria argentina obtuvieron a su hora para su país, y mi carácter de Cónsul de la República en New York . . . ni por un momento puedo consentir en continuar, por honrosa que ella me sea, en una situación por donde viniera yo a pagar con una controversia ingrata una distinción de tanto valor para mí, que contaré siempre entre las más caras y lisonjeras de mi vida . . . si en mi persona desaparece el Cónsul argentino en New York, queda en mí siempre para la República Argentina un hijo agradecido. . .¹³

Esta actitud de Martí al cortar las ataduras “oficiales” con las patrias latinoamericanas (también renunció a las dignidades que le ofrecían Uruguay y Paraguay) explica el sentido de trascendencia irremisible que iba tomando su trayectoria vital. Ya desde mayo de ese propio año 1891 había cesado en sus colaboraciones para *La Nación*, empeñado como estaba en la lucha independentista que le iba sorbiendo todos sus jugos y la totalidad de sus momentos, hasta la depauperación total. A un gran amigo uruguayo, Enrique Estrázulas, le dirige desde Nueva York una carta el 19 de febrero de 1888, donde ya evidencia esa voluntad y alumbraba su posterior decisión. En ella se lee:

Me siento desnudo y escurrido, como un monte deshelado, o como un árbol sin hojas. Me cansa y avergüenza la literatura oficial. *La Nación*

¹³ *Epistolario*, t. I, pp. 284-285.

me manda a buscar de Buenos Aires. Claro está que no puedo ir, con mi tierra sufriendo a la puerta, que algún día pueda tal vez necesitarme. Pero mejor que a zurcir letras, violentas y postizas como los colorines de los moros, a donde me iría yo sería a un retiro campesino, donde la naturaleza me repusiese las fuerzas perdidas en vivir contra ella. . .¹⁴

Un encuentro memorable

EN las páginas de *La Nación* se produce un encuentro colosal de dos de las mejores prosas hispanoamericanas del momento: desde el principio de 1889 y hasta 1891 en las mismas páginas del diario sudamericano destellan los artículos de José Martí y Rubén Darío, la pareja de colosos de la renovación de la prosa latinoamericana. Ya no le era ajeno a Martí el poeta nicaragüense, pues el 24 de mayo de 1893, en una velada patriótica en Hardman Hall (de aquellas que hicieron historia en la movilización y reunificación de los cubanos exiliados), y en medio de un encendido discurso donde se refería al movimiento encabezado en la isla por los hermanos Sartorio, aprovecha para presentar a Rubén Darío ante la concurrencia. En las palabras de su *Autobiografía*, Darío confiesa: "Yo tenía desde hacía mucho tiempo, como una viva aspiración, el ser corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires. . .". Más adelante, en el discurso de agradecimiento donde corresponde al banquete de honor que le había ofrecido este diario, en 1912, agrega: "Lleno de juventud y animado de poesía, mi dorada ilusión era figurar en aquella estupenda *sábana* de antaño, en donde Emilio Castelar, Edmundo D'Amicis y José Martí hacían flamear, a los aires de la gloria, las más hermosas prosas del mundo".¹⁵

El contacto de Darío con *La Nación* se produjo a través de Eduardo de la Barra y José Victorino Lastarria. Publicó su primera colaboración el 3 de febrero de 1889, apenas una semana antes de que partiera al norte.¹⁶ No es sino hasta agosto de 1893, después de haber conocido personalmente a Martí en Nueva York, que llega a la Argentina. El cubano, por su parte, nunca pisó esa tierra que amó a distancia a través de sus grandes hombres y del apoyo del ecuménico diario porteño. La estancia de Darío viene precedida por su fama, que acaba de consolidarse en la nación austral. Allí distribu-

¹⁴ *Epistolario*, t. I, p. 174.

¹⁵ *Apud* Emilio Carilla, *Una etapa decisiva de Darío (Rubén Darío en la Argentina)*, Madrid, Gredos, 1967, p. 13.

¹⁶ *Vid.* Carilla, *op. cit.*, p. 14.

ye el tiempo entre su trabajo en la redacción del periódico y sus frecuentes visitas a la cervecería “La Helvética”, cerca de *La Nación*.⁸

Aunque poco se ha hablado de ello, y casi nunca se ha comentado, Darío señaló sobre esta oportunidad: “He de manifestar que es en ese periódico [*La Nación*] donde comprendí a mi manera el manejo del estilo y que en ese momento fueron mis maestros de prosa dos hombres muy diferentes: Paul Groussac y Santiago Estrada, además de José Martí. . .”.¹⁷ Esta mención un tanto leve de Martí es de condición diversa; en relación con la influencia del cubano sobre el nicaragüense, Manuel Pedro González, en medular ensayo escrito en colaboración con Iván A. Schulman, señala que “es evidente la irresistible influencia que sobre la prosa de Rubén venía ejerciendo la de Martí desde 1886”.¹⁸ Y no sólo sobre éste, pues agrega como otro caso notable el *Ariel* de Rodó:

Bien conocido es el capítulo que en este libro consagra el pensador uruguayo a los Estados Unidos, tan aclamado por nuestros “arielistas” como el evangelio latino frente a la idiosincrasia y la cultura yanquis. Nadie ha parado mientes, sin embargo, en el hecho de que no existe en ese capítulo una sola idea o juicio que no se encuentre reiterado muchas veces por Martí en sus “cartas” a *La Nación* que Rodó leía asiduamente —Rodó, que jamás visitó los Estados Unidos, se apoya en Tocqueville, Herbert Spencer, Paul Bourget, Charles Baudelaire, Philarette Charles, Michel Chevalier, Edouard René de Laboulaye, etc. En ningún momento alude a Martí. No obstante, tengo para mí que le debe más al cubano que a todos los escritores precitados. . .¹⁹

Schulman, por su parte, señala con agudeza que

no sería aventurado afirmar que en el ejemplo inspirador de Martí comprendió Darío que la prosa periodística no tenía que ser necesariamente chata, gris y “útil”. Bien dice Max Henríquez Ureña que . . . “cuando Darío escribe crónicas en Europa para enviarlas a América, es Martí, el maravilloso autor de crónicas norteamericanas, el que le sirve de modelo. . .”²⁰

¹⁷ *Ibid.*, p. 79.

¹⁸ Manuel Pedro González, *op. cit.*, p. 171.

¹⁹ *Ibid.*, p. 172.

²⁰ Iván A. Schulman, *op. cit.*, pp. 212-213. *Apud* Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, México, FCE, 1954, p. 61.

No sólo coinciden por giro fortuito del destino en las páginas de *La Nación* los prodigiosos Martí y Darío. No sólo trabajan una prosa en difícil y primorosa orfebrería verbal, que abre nuevos caminos a la expresión. Coinciden, además, en las mismas páginas y con forma de decir semejante, en la visión de un problema amenazador para América Latina en ese momento: la peligrosa cercanía e inquietante voracidad de los Estados Unidos de Norteamérica y su explícito interés en engullir a las jóvenes repúblicas. A pesar que, de manera opuesta a la de Martí, Darío prefigura una actitud no demasiado ni muy evidentemente vinculada en sus preocupaciones con la realidad circundante; ese mismo amante de princesas hermosas y remotas, de palacios exquisitos y de todo el refinamiento de un auténtico *connaisseur*, también mostró —faceta poco conocida y demasiadas veces hurtada— un sentimiento especial hacia los Estados Unidos. De la misma forma que en las “Escenas Norteamericanas” de Martí, hay en “Los raros”, serie de crónicas que el nicaragüense escribió para *La Nación*, algunos toques que ejemplifican esta actitud. Tanto uno como otro caso serán el objeto de nuestro comentario siguiente. *La Nación* no fue sólo el periódico moderno, concitador de voluntades y talentos, sino —valga reconocerlo— el faro alerta de un mundo joven que miraba con sorpresa y estupor al coloso que se levantaba por el norte con gesto amenazante. Ésa es la gran coincidencia de Martí y Darío.

La serie de “Los raros” está casi en su totalidad formada por las semblanzas aparecidas en *La Nación*. Pero indica igualmente una selección de los materiales, pues cuando las publica separadamente como libro, no incluye Darío algunas de ellas (*v. gr.*, “Nietzsche”, del 2 de abril de 1894 ni el retrato de “Lugones”). En la edición de 1896, las semblanzas que aparecen son las de Leconte de Lisle, Paul Verlaine, Villiers de l’Isle Adam, Léon Bloy, Jean Richepin, Jean Moréas, Rachilde, Théodore Hannon, Lautréamont, Max Nordau, Georges d’Esparbés, Augusto de Armas y Heredia, Laurent Tailhade, Fra Domenico Cavalcanti, Edouard Dubus, Edgar Allan Poe, Ibsen, José Martí y Eugenio de Castro.²¹ Pero me detendré en los artículos, o “medallones”, de Darío dedicados a Edgar Allan Poe, Villiers de l’Isle Adam y Eugenio de Castro, donde se hace evidente y reiterada una actitud crítica hacia los Estados Unidos y que tendrá relación directa con la actitud del poeta que se

²¹ Esto ha sido notado por Carilla, *op. cit.*, p. 51.

aprecia en sus *Cantos de vida y esperanza* (Madrid, 1905). Así explica Darío la génesis de la serie "Los raros":

Comencé a publicar en la *La Nación* una serie de artículos sobre los principales poetas y escritores que entonces me parecieron raros o fuera de lo común. A algunos los había conocido personalmente, a otros por sus libros. La publicación de la serie de "Los raros", que después formó un volumen, causó en el Río de la Plata excelente impresión, sobre todo entre la juventud de letras a quien se revelaban nuevas maneras de pensamiento y de belleza. Ciertamente que había en mis exposiciones, juicios y comentarios quizá demasiado entusiasmo; pero de ello no me arrepiento, porque el entusiasmo es una virtud juvenil que siempre ha sido productora de cosas brillantes y hermosas; mantiene la fe y aviva la esperanza.²²

Por la misma fecha en que Darío reúne en un volumen su serie de "Los raros", durante la velada que le ofrece en su honor el prestigioso Ateneo de Córdoba —el 15 de octubre de 1896— Carlos Romagosa, uno de los organizadores, pronuncia una conferencia sobre "El simbolismo", en la que ilustra el nexo entre Darío y Martí (este último, muerto apenas más de un año atrás) como renovadores de la lengua. Al cubano lo llamó "la personalidad más original que ha producido América: era grande por su corazón, por su alma y por su talento".²³

Hay signos, a partir de este vínculo, de la actitud de Darío hacia los Estados Unidos, antes de "Los raros". En la polémica con Paul Groussac, quien le critica su desmedido afán experimental de corte simbolista y le encomienda mirar más al Norte, a un Walt Whitman, por ejemplo, Darío le opone estos delicados pero firmes razonamientos:

Estamos, querido maestro, los poetas jóvenes de la América de lengua castellana, preparando el camino por que ha de venir nuestro Whitman, nuestro Walt Whitman indígena, lleno de mundo, saturado de universo, como el del norte, cantado tan bellamente por "nuestro" Martí. . .²⁴

Martí continental

CUANDO Martí comienza en 1882 sus colaboraciones para *La Nación*, da inicio y testimonio con ello de su etapa más brillante co-

²² Rubén Darío, "Autobiografía", *apud* Carilla, *op. cit.*, p. 59.

²³ Cit. por Carilla, *op. cit.*, p. 53.

²⁴ Véase Carilla, *op. cit.*, pp. 83-84. Se refiere al artículo de Darío "Los colores del estandarte".

mo escritor y pensador político. Agudo observador, en esas páginas depositará su profunda angustia y sus acrecentados temores por la prepotencia avasalladora del coloso del norte que se tiende amenazante sobre la América Latina. No sólo en sus vibrantes comentarios sobre la Conferencia Panamericana, labrados en purísimo acero prosístico, sino también en los comentarios que sobre la situación social norteamericana brinda a los lectores latinoamericanos a través de *La Nación*. En "El asesinato de los italianos" (escrita el 26 de marzo y publicada el 20 de mayo de 1891), refleja la raíz profunda de la violencia desatada, que apenas oculta las motivaciones raciales y de conveniencia política. La denuncia de aquel aquelarre de falsa justicia emponzoñada por el odio, que hace masacres en su propio pueblo de parias con igual indiferencia que lo hará en los ajenos, es el alerta de Martí ante la tormenta que se acerca. En "La guerra social en Chicago" (escrita en Nueva York el 13 de noviembre del año 1887 y publicada el primero de enero del siguiente en *La Nación*), Martí advierte premonitoriamente los peligros de no hallar remedio pronto y suficiente para sofocar por la bondad y la equidad el malestar debido a la tremenda desigualdad social. En sus palabras, difundidas en todo el escenario continental, señala:

Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores. No merece el dictado de defensor de la libertad quien excusa sus vicios y crímenes por el temor mujeril de parecer tibio en su defensa. Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen.²⁵

La formidable fuerza social presionadora sirve de ariete para aplastar cualquier intento de concordia; ensañada sobre las víctimas de las que ha hecho presa, no admite soltarlas:

La república entera ha peleado, con rabia semejante a la del lobo, para que los esfuerzos de un abogado benévolo, una niña enamorada de uno de los presos, y una mestiza de india y español, mujer de otro, solas contra el país iracundo, no arrebatasen al cadalso los siete cuerpos humanos que creía esenciales en su mantenimiento.²⁶

²⁵ José Martí, *Cuba, Nuestra América, los Estados Unidos*, sel. y pról. de Roberto Fernández Retamar, México, Siglo XXI, 1973, p. 268. En adelante, *Cuba*.

²⁶ *Cuba*, p. 269.

Es el miedo que impulsa la conducta —irreflexiva y despiadada—, por el aumento creciente y visible de las causas del estallido. El “Moloch” nacional, que tan fácil engulle a sus miembros, ¿qué no hará con los vecinos? Así, sentencia Martí: “Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos”.²⁷ Y un poco más adelante, remacha insistente:

De una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada. Los inmigrantes europeos denunciaron con renovada ira los males que creían haber dejado tras sí en su tiránica patria. El rencor de los trabajadores del país, al verse víctimas de la avaricia y desigualdad de los pueblos feudales, estalló con más fe en la libertad que esperan ver triunfar en lo social como triunfa en lo político.²⁸

Es ley del odio que se siembra en cada pecho por la imposibilidad de la grandeza; sin embargo, cuánta simpatía se trasluce en las palabras del articulista:

El odio a la injusticia se trocaba en odio a sus representantes. La furia secular, caída por herencia, mordiendo y consumiendo como la lava, en hombres que, por lo férvido de su compasión, veíanse como entidades sacras, se concentró, estimulada por los resentimientos individuales, sobre los que insistían en los abusos que la provocan. La mente, puesta a obrar, no cesa; el dolor, puesto a bullir, estalla; la palabra, puesta a agitar, se desordena; la vanidad, puesta a lucir, arrastra; la esperanza, puesta en acción, acaba en triunfo o en catástrofe: “¡para el revolucionario, dijo Saint-Just, no hay más descanso que la tumba!”²⁹

Especialmente lleno de hermosuras es aquel pasaje del mismo artículo donde destaca Martí:

¿Quién que anda con ideas no sabe que la armonía de todas ellas, en que el amor preside a la pasión, se revela apenas a las mentes sumas que ven hervir el mundo sentadas, con la mano sobre el sol, en la cumbre del tiempo? ¿Quién que trata con hombres no sabe que, siendo en ellos más la carne que la luz, apenas conocen lo que les lastima o lo que de-

²⁷ *Cuba*, p. 270.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Cuba*, p. 272.

sean; apenas conciben más que el viento que les da en el rostro, o el recurso aparente, y no siempre real, que puede levantar obstáculos al que cierra el paso a su odio, soberbia o apetito? ¿Quién que sufre de los males humanos, por muy enfrenada que tenga su razón, no siente que se le inflama y extravía cuando ve de cerca, como si le abofeteasen, como si lo cubriesen de lodo; como si le manchasen de sangre las manos, una de esas miserias sociales que bien pueden mantener en estado de constante locura a los que ven pudrirse en ellas a sus hijos y a sus mujeres. . . Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio: una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga, acude al remedio violento.³⁰

La identidad de conflictos que afectan a los emigrados en la “tierra de promisión” hace que éstos igualen su estado con el de sus países de origen. Y se abocan al cambio individual, solitario, en su misma desesperación, contra el coloso violento. Sin embargo,

No comprenden que ellos son mera rueda del engranaje social, y hay que cambiar, para que ellas cambien, todo el engranaje. El jabalí perseguido no oye la música del aire alegre, ni el canto del universo, ni el andar grandioso de la fábrica cósmica: el jabalí clava las ancas contra el tronco oscuro, hunde el colmillo en el vientre de su perseguidor, y le vuelca el redañó.³¹

Estos juicios son los avisos que a “su” mundo cercano envía Martí desde las páginas de *La Nación*. Prever el desorden que la injusticia y la desigualdad fomentan y vuelven incontenible alud era su tarea. Guardar, con ánimo sereno, para sus tierras dolorosas, lo mejor de la experiencia con que la observación directa lo ha nutrido.

En punto de mayor médula y dirección más inmediata, sus artículos para *La Nación* sobre la Conferencia Panamericana han sido objeto de importantes apreciaciones, entre ellas la del crítico Thomas F. McGann, quien señala:

El ataque más severo contra la conferencia lo hizo *La Nación*, que en noviembre comenzó a publicar una serie de extensos artículos de su corresponsal en los Estados Unidos. Ese corresponsal era José Martí, el revolucionario y prolífico escritor cubano. Sus informes eran agudos,

³⁰ *Ibid.*

³¹ *Cuba*, p. 273.

detallados y vigorosamente escritos; su estilo intrincado y alusivo era un deleite para los lectores argentinos.³²

Y no sólo del país austral, sino que por la amplia circulación del diario argentino, para amplias masas de lectores de todo el continente. En Washington se cocinaba, a espaldas de los comensales invitados, el caldo para engullir la América Latina. Martí, testigo apasionado y al mismo tiempo curiosamente objetivo de ese intento, sacude conciencias desde sus artículos y alerta, a la vez que recoge experiencias febriles para la preparación de su futura república, que nunca vio inaugurarse. Y aquí se revela como el formidable periodista que ya antes había dado pruebas de su sobrado talento y dominio del idioma, que amasaba en sus manos para lograr sonoridades nunca oídas. “Su obra es, pues, periodismo —ha dicho Pedro Henríquez Ureña— pero periodismo a un nivel artístico como jamás se ha visto en español, ni probablemente en ningún otro idioma”.³³ Roberto Fernández Retamar, por su parte, llama la atención sobre un hecho medular: “Con esa veintena de periódicos que publican sus crónicas, a las cuales él llama ‘cartas’, Martí llega ampliamente a un público continental, transmitiendo su ideario, el más recio y articulado de cuantos ha dado la América suya”.³⁴

Al pie de la obra, como el albañil ciudadoso y previsor que ve levantar el edificio que mal cimentado puede desplomarse sobre su cabeza, está Martí en el Congreso Internacional de Washington, y de él reseña “su historia, sus elementos y sus tendencias” para las páginas de *La Nación*, que publica sus observaciones el 19 y 20 de diciembre de 1889, hace hoy más de un siglo. Sin embargo, no es para extrañarse cualquier posible y certera similitud entre estos textos martianos y el momento que vivimos —y padecemos en lo hondo— los latinoamericanos todos: en esta hora en que las teorías prefabricadas han demostrado, desde todos los ángulos ideológicos, su total ineficacia para curar las heridas continentales, y en que se han sucedido caudillos dictatoriales durante un periodo demasiado prolongado que al fin casi toca a su término, la falta de pre-

³² Thomas F. McGann, *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano*, Buenos Aires, EUDEBA, 1960, p. 207.

³³ Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, México, FCE, 1949, p. 167.

³⁴ Roberto Fernández Retamar, “Introducción a Martí”, *Cuba*, pp. LVI-LVII.

caución puede hacer que tendamos los brazos donde nos puede esperar, no el remedio a los males, sino el incremento de ellos. Hoy, en momentos en que urge tomar decisiones y elegir caminos, sorteando o venciendo las ruinas de las ideas anteriores, es preciso meditar por dónde enfilear el rumbo. Y, hoy como ayer, la mirada martiana sobre el escenario americano puede ser útil en el empeño.

Ya en sus días advirtió Martí sobre la reunión junto al Potomac:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.³⁵

Y agrega, como tarea urgente:

Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero en política, es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión.³⁶

El suave reclamo de Bartolomé Mitre y Vedia a Martí por lo fogoso de la prosa empleada al reseñar este Congreso (recuérdese la carta ya mencionada donde el cubano responde al hijo del fundador de *La Nación*), su alusión a la “mala raíz de pueblo”, parecen tener su origen en este fragmento del artículo:

De raíz hay que ver a los pueblos, que llevan sus raíces donde no se las ve, para no tener a maravilla estas mudanzas en apariencia súbitas, y esta cohabitación de las virtudes eminentes y las dotes rapaces. No fue nunca

³⁵ *Cuba*, p. 130.

³⁶ *Cuba*, pp. 130-131.

la de Norteamérica, ni aun en los descuidos generosos de la juventud, aquella libertad humana y comunicativa que echa a los pueblos, por sobre montes de nieve, a redimir un pueblo hermano, o los induce a morir en haces, sonriendo bajo la cuchilla, hasta que la especie se pueda guiar por los caminos de la redención con la luz de la hecatombe. Del holandés mercader, del alemán egoísta, y del inglés dominador se amasó con la levadura del ayuntamiento señorial, el pueblo que no vio crimen en dejar a una masa de hombres, so pretexto de la ignorancia en que la mantenían, bajo la esclavitud de los que se resistían a ser esclavos.³⁷

Poco más adelante, pasa revista a todas las teorías expansionistas avorazadas que han criado en la nación americana sus prohombres consulares, deseoso cada uno de arrogarse un pedazo más de sus barras y estrellas:

Desde la cuna soñó en estos dominios el pueblo del Norte, con el “nada sería más conveniente” de Jefferson; con “los trece gobiernos destinados” de Adams; con “la visión profética” de Clay; con “la gran luz del Norte” de Webster; con “el fin es cierto, y el comercio tributario” de Sumner; con el verso de Sewall, que va de boca en boca, “vuestro es el continente entero y sin límites”; con “la unificación continental” de Everett; con la “unión comercial” de Douglas; con “el resultado inevitable” de Ingalls, “hasta el istmo y el polo”; con la “necesidad de extirpar en Cuba”, de Blaine, “el foco de la fiebre amarilla”; y cuando un pueblo rapaz de raíz, criado en la esperanza y certidumbre de la posesión del continente, llega a serlo, con la espuela de los celos de Europa y de su ambición de pueblo universal, como la garantía indispensable de su poder futuro, y el mercado obligatorio y único de la producción falsa que cree necesario mantener, y aumentar para que no decaigan su influjo y su fausto, urge ponerle cuantos frenos se puedan fraguar, con el pudor de las ideas, el aumento rápido y hábil de los intereses opuestos, el ajuste franco y pronto de cuantos tengan la misma razón de temer, y la declaración de la verdad. La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad; o ponen en riesgo la de nuestra patria.³⁸

De forma clara y evidente, Martí hace mucho más que un sencillo comentario periodístico en esta serie; tiene muy poco del periodismo usual su artículo que más parece declaración de principios y programa de lucha. Lo que hará después en *Patria*, concentrado

³⁷ *Cuba*, p. 131.

³⁸ *Cuba*, p. 133.

amoroso de su Cuba, lo realiza antes en *La Nación*, con el sentido más amplio de la patria grande, la América latina, “Nuestra América”, como reiteradamente la calificaba, distinguiéndola de “la otra”, “la de Ellos”. El peligro proveniente del exterior lo alarma mucho más que las contradicciones internas de los países latino-americanos, pues “la dependencia del extraño, más temible siempre que la querrela con los propios”,³⁹ debilita las fuerzas para la marcha unida que se debe oponer al apetito codicioso. Ya desde su raíz, ve al Congreso como la amenaza que es, por su esencia imperial y por dónde proviene: “Surgió de la secretaría de Blaine el proyecto del Congreso americano con el crédito de la leyenda, el estímulo oculto de los intereses y la magia que a los ojos del vulgo tienen siempre la novedad y la osadía”.⁴⁰

Que Martí evidencia no tener la “pureza informativa” se demuestra en los propios artículos que comentamos, que son llamadas de alerta para aprontarse con los esfuerzos donde impedir la tormenta casi desatada que amenazaba desde el norte del Río Bravo. Los intereses mezquinos de los menos, pero situados en puntos claves de las repúblicas, pueden propiciar la consumación del apetito imperial para llegar a “la era del predominio de los Estados Unidos sobre los pueblos de la América”,⁴¹ y apartir de los propios indicios de la convocatoria del Congreso, con alarma y angustia, pregunta el destino de las futuras citas anfictiónicas y dónde estarán los intereses de esas reuniones. Por fuerza de gratitud no se les debe nada a los Estados Unidos, pues la verdad histórica se impone:

Cuando se determine si los pueblos que han sabido fundarse por sí, y mejor mientras más lejos, deben abdicar su soberanía en favor del que con más obligaciones de ayudarles no le ayudó jamás, o si conviene poner clara, y donde el universo la vea, la determinación de vivir en la salud de la verdad, sin alianzas innecesarias con un pueblo agresivo de otra composición y fin, antes de que la demanda de alianza forzosa se enconce y haga caso de vanidad y punto de honra nacional, lo que habrá de estudiarse serán los elementos del Congreso . . . los títulos de patrocinio y prominencia en el Continente, de un pueblo que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad, que es aspiración universal y perenne del

³⁹ *Cuba*, p. 134.

⁴⁰ *Cuba*, p. 135.

⁴¹ *Cuba*, p. 138.

hombre, y a invocarla para privar a los pueblos de ella . . . sean más, si no todos, como debieran ser los pueblos que, con la entereza de la razón y la seguridad en que están aún, den noticia de su renuncia a tomar señor, que los que por un miedo a que sólo habrá causa cuando hayan empezado a ceder y reconocido la supremacía, se postren, en vez de esquivarlo con habilidad, al paso del Juggernaut desdeñoso, que adelanta en triunfo entre turiferarios aquilones de la tierra invasora aplastando cabezas de siervos.⁴²

Golpe en las conciencias dormidas o poco avisadas éste de Martí, en la salud del continente. Los hechos posteriores le siguen dando la razón. Los anteriores fragmentos citados se integran en una sola colaboración que Martí entregó a *La Nación* el 2 de noviembre de 1889 y que por lo dilatado del apasionado artículo, hubo que dividir; de modo que la otra parte apareció el 20 de diciembre de 1889. Después de comentar la agenda del Congreso Panamericano, con una ironía fina y certera, va desmenuzando las distintas proposiciones elevadas a la asamblea por los organizadores. En especial se detiene en la cuestión del arbitraje continental, que por su corte pretoriano le mueve la entraña en la repulsa:

El arbitraje sería cosa excelente, si no hubieran de estar sometidas las cuestiones principales de América, que han de ser dentro de poco, si a tiempo no se ordenan, las de las relaciones con el pueblo de Estados Unidos, de intereses distintos en el universo, y contrarios en el continente, a los de los pueblos americanos, a un tribunal en que, por aquellas maravillas que dieron en México el triunfo a Cortés, y en Guatemala a Alvarado, no fuera de temer, y aun de asegurar que, con el poder de la bolsa, o el del deslumbramiento, tuviera el león más votos que los que pudieran oponer el coro de ovejas, el potro valeroso o el gamo infeliz. Cosa excelente sería el arbitraje, si fuera de esperar que en la plenitud de su pujanza sometiera a él sus apetitos la república que, aún adolescente, mandada a los hermanos generosos que dejaran al hermano sin libertar, y que le respetasen su presa.⁴³

Esa “libertad para un solo pueblo” a costa de los demás, que ha caracterizado el espectáculo histórico entre “Las dos Américas”, es de palpitante actualidad, pero corresponde a los pueblos americanos, libres y en democracia, con respeto para sus individuos, con-

⁴² *Cuba*, p. 139.

⁴³ *Cuba*, p. 142.

citar la unión de los postergados que reclaman su lugar bajo el sol. Resumía Martí la situación para sus lectores de este modo:

De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de la propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el Continente, y anuncia, por boca de sus estadistas en la prensa y en el púlpito, en el banquete y en el Congreso, mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del istmo abajo, y de otra están los pueblos de origen y fines diversos, cada día más ocupados y menos recelosos, que no tienen más enemigo real que su propia ambición, y la del vecino que los convida a ahorrarle el trabajo de quitarles mañana por la fuerza lo que le pueden dar de grado ahora. ¿Y han de poner sus negocios los pueblos de América en manos de su único enemigo, o de ganarle tiempo, y poblarse, y unirse, y merecer definitivamente el crédito y el respeto de naciones, antes de que ose demandarles la sumisión el vecino a quien, por las lecciones de adentro o de afuera, se le puede moderar la voluntad, o educar la moral política, antes de que se determine a incurrir en el riesgo y oprobio de echarse, por la razón de estar en un mismo continente, sobre pueblos decorosos, capaces, justos, y como él, prósperos y libres?⁴⁴

Las “lecciones” de las que habla Martí, ¿no incluyen en cierta forma sus artículos de las “Escenas Norteamericanas”? ¿No ha combatido antes en las mismas páginas de *La Nación* las aberraciones del sistema norteamericano? ¿No ha mostrado con hechos y palabras de otros, hábilmente unidas y mejor comentadas —como prometiera a Mitre y Vedia— la realidad de los Estados Unidos, donde no se pueda decir que pone demasiado de sí en su pasión desbordada? Por otra parte, estas largas citas de Martí demuestran, además de su pensamiento, la difícil tarea de mutilarlo para ofrecerlo en trozos más breves: su coherencia intelectual deriva hacia la construcción de sus frases, eslabonadas a martillo, grabadas con el largo vuelo de una mente previsora. De ahí que, con un poco de sorna, hablara de su “imposibilidad de hacer nada a medias”, pues todo *le salía así*. Esos grandes párrafos interrogativos, cómo lo sitúan en el tema, y cómo le dan fuerza de escalpelo a su pluma:

¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa,

⁴⁴ *Ibid.*

y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización? ¿Por qué tan deseosos de entrar en la casa ajena, mientras los que lo quieren echar de ella se le están entrando en la propia? ¿Por qué ajustar en la sala del Congreso proyectos de reciprocidad con todos los pueblos americanos cuando un proyecto de reciprocidad, el de México, ajustado entre los dos gobiernos con ventajas mutuas, espera en vano de años atrás la sanción del Congreso, porque se oponen a él, con detrimento del interés general de la nación los intereses especiales heridos en el tratado?⁴⁵

Cualquier semejanza —lo repito— con la realidad de hoy, es la estricta y rigurosa coincidencia en una realidad que no ha cambiado mucho y que se debe reordenar.

¡Qué tribuna y qué atalaya al mismo tiempo *La Nación* para Martí! Asombra la forma de poner el periodismo al servicio de una causa continental en una de sus horas más negras, cuando las nubes de tormenta oscurecían el cielo latinoamericano. Esa vibrante nota llena de expectativas, sufrimientos de hombre con el costado abierto, que ve el Gólgota de veinte naciones; así levanta, de esta manera una, cose en una sola, la voluntad de los amagados por el golpe: “O se espera reducir al Congreso internacional, por artificios de política, y componendas con los pueblos deslumbrados y temerosos, a recomendaciones que funden el derecho eminente que se arrogan sobre América los Estados Unidos”.⁴⁶ Sin duda, no es así, con vacilaciones, como se detiene la ola, a la que se enfrenta para abrirla en dos y se disipa como suave temblor de agua en la orilla amenazada. Y, a esa adolescencia de patria perturbada y bajo amenaza por el reclamo imperial que, en el mejor de los casos, pospone para el punto en que la fruta esté madura el momento de apropiársela, dedica estas palabras: “¡A crecer, pues, pueblos de América, antes de los cincuenta años!”⁴⁷ El peligro de la copia, siempre servil, que impone por su misma condición espuria el yugo en el cuello del copista, recibe también su vendaval:

Eso de la admiración ciega, por pasión de novicio o por falta de estudio, es la fuerza mayor con que cuenta en América la política que invoca, para dominar en ella, un dogma que no necesita en los pueblos americanos de ajena invocación, porque de siglos atrás, aún antes de entrar en la niñez libre, supieron rechazar con sus pechos al pueblo más tenaz y

⁴⁵ *Cuba*, p. 142.

⁴⁶ *Cuba*, p. 143.

⁴⁷ *Cuba*, p. 145.

poderoso de la tierra; y luego le han obligado al respeto por su poder natural, y la prueba de su capacidad, solos.⁴⁸

Y poco más adelante, ya a punto de cerrar la tenaza implacable de su artículo, continúa por el mismo camino:

Admiración justa por la prosperidad de los hombres liberales y enérgicos de todos los pueblos, reunidos a gozar de la libertad, obra común del mundo, en una extensión segura, varia y virgen, no ha de ir hasta excusar los crímenes que atenten contra la libertad del pueblo que se sirve de su poder y de su crédito para crear en forma nueva el despotismo. Ni necesitan ir de pajes de un pueblo los que en condiciones inferiores a las suyas han sabido igualarlo y sobrepujarlo.⁴⁹

El vigor del verbo en pleno ejercicio de demolición asesta golpes sobre la piedra en la conciencia de que alguno ha de quebrarla. Es la batalla del hombre previsor que llama, alienta, conforma y conmueve. Es asunto viril empeñarse en la tarea:

El Congreso Internacional será el recuento del honor, en que se vea quiénes defienden con energía y mesura la independencia de la América española, donde está el equilibrio del mundo; o si hay naciones capaces, por el miedo o el deslumbramiento, o el hábito de servidumbre o el interés de consentir, sobre el Continente ocupado por dos pueblos de naturaleza y objeto distintos, en mermar con su deserción las fuerzas indispensables, y ya pocas, con que podrá a la familia de una nacionalidad contener con el respeto que imponga y la cordura que demuestre la tentativa de predominio, confirmada por los hechos coetáneos, de un pueblo criado en la esperanza de la dominación continental, a la hora en que se pintan, en apogeo común, el ansia de mercados de sus industrias pletóricas, la ocasión de imponer a naciones lejanas y a vecinos débiles el protectorado ofrecido en las profecías, la fuerza material necesaria para el acometimiento, y la ambición de un político rapaz y atrevido.⁵⁰

El centinela insomne, Martí, desde su mástil continental, *La Nación*, alerta del arrecife traicionero y del escollo destructor. Pasión desbordada por la convicción, todo fuego el clamor que precede a la batalla, lanzando a los cuatro vientos la verdad americana y su salvación posible, que llegará. Cumple a *La Nación* el mérito

⁴⁸ *Cuba*, p. 147.

⁴⁹ *Cuba*, p. 148.

⁵⁰ *Cuba*, p. 149.

pocas veces dicho de haber sido el espacio propicio para que se levantara y se oyera esa voz de alerta.

III. Darío en La Nación

Si bien Darío fue, y con excelencia y hermosura difícilmente superables, el poeta renovador de la lírica hispánica, el enamorado del siglo XVIII, exquisito y refinado, adorador de marquesas, criador de cisnes, pintor de azules, púrpuras y oros, también lo fue, dato hurtado muchas veces, el de la "Oda a Roosevelt" y quien en medio de su existencia bohemia y diplomática, a pesar de él mismo quizá, no pudo separarse de esa sangre americana, mestiza, que llevaba en sus venas. Lector de Martí en *La Nación*, después lo conoce en persona, cuando ya los dos habían dejado en las páginas del diario porteño sus prosas ornadas, difíciles y bellas. Ambos se reconocieron como grandes y la suerte del segundo fue la de cantar la partida heroica del primero. Si bien es cierto que la crítica americana de Darío tiene un orden más esteticista, en comparación con la de Martí, que es más histórica y con vínculos sociológicos evidentes, no deja de ser verdad que la preocupación por lo latino tiene en Darío, y precisamente en varios artículos de *La Nación* con su serie de "Los raros", un fuerte acento continental. Años después, como corresponsal del diario en España, enviado para hacer la inspección del estado de la antigua metrópoli al perder sus últimas colonias, en su "España Negra", ve Darío con perspicacia el ambiente estático y de intensa frustración: "¡España va a cambiar! se grita en el instante en que la injusta y fuerte obra del yanqui se consuma. Y lo que cambia es el ministerio".⁵¹ De igual forma que para Martí, *La Nación* —resulta obvio decirlo— significó el espaldarazo continental consagratorio. La presencia martiana en Darío fue sobradamente evidente y confesada en múltiples ocasiones. Al hablar del célebre autor colombiano, señalaba: "Vargas Vila, entre otros, había lanzado terribles clamores; José Martí, más de una vez, había dicho cosas bellas y proféticas sobre el acecho de los hombres del Norte".⁵² Sin embargo, de mucho antes arranca el ánimo latinoamericano de Darío, que convivió parejamente con

⁵¹ Rubén Darío, *Obras Completas*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1950, t. III, p. 116. En lo adelante, *Obras*.

⁵² Rubén Darío, "Autobiografía", *Apud*. Manuel Pedro González, *op. cit.*, p. 210.

su europeísmo fervoroso. Recuérdense sus palabras, ya citadas, sobre el "Walt Whitman indígena" que esperaban los tiempos.

Ya en "Los colores del estandarte", publicada en *La Nación* el 27 de noviembre de 1896, en ocasión de su polémica con Paul Groussac, había defendido la necesidad de vincular en la armonía del ritmo y la explosión musical, la lengua española con la francesa, ideal de su estética modernista afianzadora de un sentido nuevo de la latinidad.

Si bien sus estilos resultan convergentes, los intereses periodísticos de Martí y Darío derivan es cierto, hacia preferencias personales evidentes en sus respectivos artículos para *La Nación*. Es visible que en el primero la intención sociológica de interpretación siempre está presente, aun en los retratos de los individuos. En el segundo, por el contrario, la mirada es más paisajista y el tono más íntimo y sibarítico. Sin embargo, el nexa permanece en su voluntad e inquietud latinoamericana. Y algunos de los "medallones" de "Los raros" sirven para ilustrarlo, en especial los de Edgar Allan Poe, el conde Matías Augusto, Villiers de l'Isle Adam y Eugenio de Castro.

En Martí y sus colaboraciones en *La Nación* hay que buscar las claves fidedignas de la interpretación de lo que en su momento hará en el mismo diario el poeta nicaragüense. No olvidar que el cubano, en ese diario, había sentenciado: "¡Oh, no: la simpatía no puede estar con la boca del león!",⁵³ al referirse a las relaciones entre México y los Estados Unidos. Darío, seguramente, leyó con palpitante interés, deslumbrado por la prosa martiana, los artículos dedicados al Congreso Panamericano, donde el cubano alcanza un múltiple momento culminante en su visión política, su estilo literario y su madurez humana, con el rigor lógico, penetrante, y una ironía, en ocasiones, dolorosa y acuciante. La formidable ósmosis de Darío con Martí marca las páginas de las alusiones a Norteamérica de aquél y definen su posición de auténtica latinidad esteticista, pero igualmente válida. Para Darío, como para Martí, el periodismo es belleza y servicio. Al expresar su opinión sobre el oficio, elevado a categoría de arte, en su artículo "El periodista y el mérito literario", hay mucho del acento martiano cuando afirma:

⁵³ José Martí, "México y Estados Unidos", *Cuba...*, p. 188. El artículo original fue publicado en *La Nación*, Buenos Aires, el 18 de septiembre de 1886.

Hoy, y siempre, un periodista y un escritor se han de confundir . . . Todos los observadores y comentaristas de la vida han sido periodistas . . . Hay editoriales políticos escritos por hombres de reflexión y de vuelo, que son verdaderos capítulos de libros fundamentales . . . El periodista que escribe con amor lo que escribe, no es sino un escritor como otro cualquiera . . . Solamente merece la indiferencia y el olvido aquel que, premeditadamente, se propone escribir, para el instante, palabras sin lastre e ideas sin sangre . . .⁵⁴

De este modo, se palpa el mismo estilo que había consagrado Martí desde las páginas de *La Nación*.

Cuando recuerda su llegada por primera vez al periódico (“Naturalmente que desde mi llegada me presenté a la redacción de *La Nación*, donde se me recibió con largueza y cariño . . .”,⁵⁵ comienza para Rubén una nueva etapa que lo proyectará al mundo. Alentado por la bohemia de Buenos Aires, él, el impenitente disfrutador de la vida, ve también el espectáculo real que recoge en alguno de sus pensamientos, ante la nación fuerte y laboriosa del sur: “Esperemos en los bravos trabajadores, en los que piensan y obran, en la virtud de las palabras y en la fecundidad de la acción. Los averiados y los dañinos mueren en sus propios daños. El porvenir quiere almas limpias y matinales”.⁵⁶ Es idéntico al sentir martiano en la proyección social y latinoamericanista, que confluyen en aquellas memorables páginas de *La Nación*. Martí, que deslumbró al mismo Sarmiento, es reconocido como el paladín señero de una nueva prosa y una nueva actitud vital. Claro es que muchos de sus seguidores optaron por imitarle en el estilo, labor más placentera, y no en los actos que implicaban un total renunciamiento a motivaciones más terrenas. Ese impulso moverá a Darío, ya como corresponsal de *La Nación* en España, y en sus notas cabe entresacar algunas perlas que explican una actitud discrepante y hasta contradictoria de su muy mencionado desasimiento de las circunstancias. Allí, en Madrid, escribe Darío:

No está, por cierto, España para literaturas, amputada, doliente, vencida; pero los políticos del día parece que para nada se dicesen cuenta del menoscabo sufrido, y agotan sus energías en chicanas interiores, en batallas de grupos aislados, en asuntos parciales de partidos, sin preocu-

⁵⁴ *Obras*, t. I, pp. 880-881.

⁵⁵ *Obras*, t. I, p. 110.

⁵⁶ *Obras*, t. I, p. 879.

parse de la suerte común, sin buscar el remedio al daño general, a las heridas en carne de la nación. No se sabe lo que puede venir . . . Mas en medio de estos nublados se oye un rumor extraño y vago que algo anuncia.⁵⁷

Ese rumor es en parte el nacimiento de otro espíritu nacional, de resurrección, contestatario y desmitificador, amargo y crítico, que nutrirá la llamada “Generación del 98”, la generación de la derrota. Darío percibe con fina sensibilidad ese cambio de vientos, pero tiene cuidado en señalar que ante el desastre y la muerte, en presencia de los agonizantes soldados vencidos y destrozados en las colonias, “el madroño está florido, y el oso danza sus pasos cerca de la casa de Trimalción”:⁵⁸ Esa España perdida en el laberinto de sus contradicciones, opulenta y mendiga, soberbia y cobarde, a la que opone la renovación americana, le arranca juicios de fulminación y anatema:

Ellos son los que han encanijado al León simbólico de antes; ellos los que han influido en el estado de indigencia moral en que el espíritu público se encuentra; los que han preparado, por desidia o malicia, el terreno falso de los negocios coloniales, por lo cual no podía venir en el momento de la rapiña anglosajona sino la más inequívoca y formidable “débâcle”.⁵⁹

Esa América, latina y espiritual, ante el espectáculo de la madre vencida, le sale del pecho como promesa de esperanza:

Mal o bien, por obra de nuestro cosmopolitismo, y, digámoslo, por la audacia de los que hemos perseverado, se ha logrado en el pensamiento de América una transformación que ha producido, entre mucha broza, verdaderos oros finos, y la senda está abierta. . .⁶⁰

La lección puede servir de correctivo para cambiar el rumbo de la nave, sostenido en la penumbra de la ignorancia. Ábrese paso el conocimiento de los nuevos tiempos, pues “nótase ahora una tendencia a conocer, siquiera lo americano nuestro —¡lo del Norte, ay, lo tienen ya bien conocido! . . .”.⁶¹

⁵⁷ *Obras*, t. III, p. 42.

⁵⁸ *Obras*, t. III, pp. 42-43.

⁵⁹ *Obras*, t. III, p. 44.

⁶⁰ *Obras*, t. III, p. 46.

⁶¹ *Obras*, t. III, p. 49.

De igual forma que en el vínculo materno la que da vida entre sangre y dolor a la criatura se precia de la semejanza de sus rasgos en el nuevo ser y lo protege, cobija, y amamanta, así debe hacer España con América, más allá del rencor de los partidísimos estrechos y pasajeros, de forma diferente a como en su rapiña se ufana Albión del botín de su vástago:

Gloríanse los ingleses de los triunfos conseguidos por la República norteamericana, hechura y flor colosal de su raza; España no se ha tomado hasta hoy el trabajo de tomar en cuenta nuestros adelantos, nuestras conquistas, que a otras naciones extranjeras han atraído atención cuidadosa y de ellas han sacado provecho. . . .⁶²

Es el peligro que percibe, ante la falta de atención de la madre poco previsora, en el vecino que se acerca y blande ya el garrote. En el seno mismo de la latinidad moderna, en el París de sus amores, al reseñar la visita de Teodoro Roosevelt, dice:

Está ya en París, de vuelta de África, el yanqui extraordinario a quien algunos quieren llamar el primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el "bluff" de sus conciudadanos . . . Se le ha recibido en Europa como a un rey de raza, mejor que a un rey del petróleo, o príncipe del algodón, o de los embutidos. ¿Quién negará su energía, su fuerza, su excelente humor, su decisión, su franqueza? Es todo lo contrario de un tímido y todo lo opuesto a un ceremonioso. Él es el "hombre representativo" del gran pueblo adolescente que parece hubiera comido el "food of gods" wellsiano, y cuyo gigantismo y cuyas travesuras causan la natural inquietud en el vecindario. . . .⁶³

Y ese vecindario alarmado, ese grupo de temerosos espectadores de una extensión nunca antes vista, ante las "proezas del gran Cazador", o depredador, según se quiera y mire, es América Latina, defensora de un espíritu que abraza Darío. No se deja turbar el crítico por el oropel engañoso: "Se sabe vagamente que es un rey, a su manera; que hay en él carne de emperador y que es un gran admirador del Bonaparte que duerme a la orilla del Sena".⁶⁴ Puesto en la pista falsa, por ignorancia, el pueblo capitalino no ve en él al peligro, y es que

⁶² *Obras*, t. III, p. 50.

⁶³ *Obras*, t. II, p. 671.

⁶⁴ *Obras*, t. II, p. 672.

el buen pueblo de París no sabe gran cosa de los Estados Unidos . . . Sabe que los Estados Unidos tiene mucho dinero y que cada año viene a esta capital del placer un grupo de paseantes que deja un buen porqué de millones. Y todo eso le parece excelente.⁶⁵

Ante el paseo del “jovial Nemrod”, el poeta testigo recuerda la lección continental: que le pregunten a España y a la América Latina quiénes son en verdad los Estados Unidos. Que vean la cara oculta del imperio, brillante una, pero sórdida la otra. Y mucho de burla hay cuando dice que hasta “amigo de la paz” le llaman a Roosevelt: “Esto le sentará muy bien al antiguo ‘roughrider’ que cobró el premio Nobel por hacerse bajo sus auspicios el arreglo ruso-japonés”.⁶⁶

El malabarismo de la retórica oficial prefiere olvidar las grandes verdades, pero Darío, la memoria inexcusable señala:

si hay quien recuerde lo del “big stick” es para explicar que, como sucede con muchas frases, se ha cambiado en el público el sentido y se ha tomado una cosa por otra . . . Si la nación americana quiere hablar en un tono conciliador y al mismo tiempo quiere resolverse a construir y mantener en un alto grado de entrenamiento una Marina poderosa, la doctrina de Monroe irá lejos . . .⁶⁷

El contrasentido flagrante se evidencia en la observación directa del recibimiento al hombre temible: “El pacifista afirmó la necesidad de la guerra en ciertos casos. . .”.⁶⁸ Y sentencia: “El expresidente no tiene nada que ver con esa cosa tan francesa que aquí se llama buen gusto. Ni le hace falta. Es él una fuerza de la Naturaleza”:⁶⁹ deliciosa ironía. Y continúa:

¿Qué le van a hacer a esa potencia elemental, a esa fuerza de la naturaleza, a ese beluario que se las ha visto con leones, elefantes y rinocerontes en África y con Rockefellers, Goulds y otras fieras de oro en su tierra; qué le van a hacer, digo, las finas y bonitas saetas de estos ironistas profesionales?⁷⁰

⁶⁵ *Obras*, t. II, pp. 672-673.

⁶⁶ *Obras*, t. II, p. 674.

⁶⁷ *Obras*, t. II, p. 675.

⁶⁸ *Obras*, t. II, p. 676.

⁶⁹ *Obras*, t. II, p. 677.

⁷⁰ *Ibid.*

El imperio tiene su mano sobre el océano y llega, con alarma de Darío, a la culta Europa, al centro mismo de lo que para él es el espíritu, y lo domina: “Los franceses han apreciado en su verdadero valor algunos de los principios rooseveltianos, y sobre todo éste: el hombre, el ciudadano, como la nación, lo primero a que debe dedicarse es a hacer dinero. Una vez hecho el dinero, puede hacer lo que le venga en deseo”.⁷¹ Ese materialismo grosero, que por condición refinada y selecta rechaza Darío, le hará exclamar desgarrado en su “Oda”: “. . . y pues tenéis todo, sólo una cosa os falta: Dios”. Es la defensa del espíritu ante la corrupción ponzoñosa de lo palpable. Y lamenta, él, emparentado con los “raros”, que apenas se haya hablado en la prensa de esos días, por dedicado empleo al “gran Cazador”, de la muerte de un gran norteamericano que señaló las formidables aberraciones tumorales de su país: “Apenas ha habido aquí en los periódicos espacio para hablar de otra gloria yanqui que acaba de desaparecer: Mark Twain”.⁷²

De Estados Unidos ha hablado Darío en uno de sus grandes: Edgar Allan Poe. En la reseña o “medallón” que le dedica en “Los raros”, subtitulada inicialmente apenas como el “fragmento de un estudio”, menciona desde el principio ese “inmenso país” al cual llega y le sobrecoge con su monumentalidad extrahumana:

El ladrante “slang” yanqui sonaba por todas partes, bajo el pabellón de bandas y estrellas. El viento frío, los pitos aromadizados, el humo de las chimeneas, el movimiento de las máquinas, las mismas ondas ventrudas de aquel mar estañado, el vapor que caminaba rumbo a la gran bahía, todo decía: “All right”.⁷³

Cuánta sorna en la pintura y cuánto espanto ante ese utilitarismo chato que amenazaba con imponerse a escala continental. Cuánta podrida satisfacción burguesa en ese “todo está bien”, en su lugar correcto, funcionando, útilmente, monótonamente; los tipos del país: “el clergyman huesoso”, “la muchacha que usa gorra de ‘jockey’”, “el joven robusto, lampiño como un bebé . . . aficionado al ‘box’” y, de fondo, colosal, esa “Madona de la Libertad”. A ella le habla:

A ti, prolífica, enorme, dominadora. A ti, Nuestra Señora de la Libertad. A ti, cuyas mamas de bronce alimentan un sinnúmero de almas y

⁷¹ *Obras*, t. II, p. 678.

⁷² *Obras*, t. II, p. 679.

⁷³ *Obras*, t. II, p. 255.

corazones. A ti, que te alzas solitaria y magnífica sobre tu isla, levantando la divina antorcha. Yo te saludo al paso de mi "steamer", proster-nándome delante de tu majestad: ¡Ave, Good-morning!⁷⁴

Esa ironía poco embozada la descubre para advertir:

Pero ¿sabes?, se te ha herido mucho por el mundo, divinidad, manchando tu esplendor. Anda en la tierra otra que ha usurpado tu nombre, y que, en vez de antorcha, lleva la tea. Aquélla no es la Diana sagrada de las incomparables flechas: es Hécate.⁷⁵

Después de esta "salutación" ritual y admonitoria, el paisaje se impone como

un soplo subyugado y terrible: Manhattan, la isla de hierro; New York, la sanguínea, la ciclópea, la monstruosa, la tormentosa, la irresistible capital del cheque . . . Jersey . . . agarrada a Brooklin con lá uña enorme del puente . . . Sobre el suelo de Manhattan parece que va a verse surgir de pronto un colosal Tío Samuel, que llama a los pueblos todos a un inaudito remate, y que el martillo del rematador cae sobre cúpulas y techumbres produciendo un ensordecedor trueno metálico.⁷⁶

Pero lo que surge en el horizonte es la enigmática y engañosa "Madona de la Libertad": todo se le ofrece al viajero en una mirada escrutadora y por su sentir, no puede menos que establecer la diferencia y el contraste opositor entre lo sajón y lo latino, entre Nueva York y París. En las calles, ya pasado el East River, no es mejor el espectáculo: "En su fabulosa Babel gritan, mugen, resue-nan, braman, conmueven la Bolsa, la locomotora, la fragua, el banco, la imprenta, el 'dock' y la urna electoral",⁷⁷ todo es ruido que niega la posibilidad de la callada reflexión, del juicio ponderado; es la elevación del extremo a lo máximo, la locura material, que deja en él una "impresión dolorosa", dominado por el vértigo. Todo es como fantasmagórico y amenazante en esa ciudad de

. . . casas monumentales que ostentan sus cien ojos de vidrio y sus tatau-
jes de rótulos . . . por ahí pasa un río caudaloso, confuso, de comercian-
tes, corredores, caballos, tranvías, ómnibus, hombres-sandwich vestidos

⁷⁴ *Obras*, t. II, p. 256.

⁷⁵ *Obras*, t. II, pp. 256-257.

⁷⁶ *Obras*, t. II, p. 257.

⁷⁷ *Obras*, t. II, p. 258.

de anuncios y mujeres bellísimas . . . el hervor continuo . . . la angustia de ciertas pesadillas . . . Reina la vida del hormiguero [Carpentier retomará después este tema para *Los pasos perdidos*], de carros monstruosos, de toda clase de vehículos . . . El ruido es mareador y se siente en el aire una trepidación incesante; el repiqueteo de los cascos, el vuelo sonoro de las ruedas, parece a cada instante aumentarse. Temeríase a cada momento un choque, un fracaso, si no se conociese que este inmenso río que corre con la fuerza del alud, lleva en sus ondas la exactitud de una máquina.⁷⁸

Es la amenaza latente, la contaminación perturbadora, el cíclope en su fuerza desatada, que primero se percibe en la imagen lejana y luego en el fragor cercano, verdadero Polifemo temible, la locura frenética del *business world* a la que se le negó, incluso, la posibilidad del error humano, máquina perfecta, fría, implacable; cruel. Saltan epítetos: “intrincado”, “convulsivo”, “crespo”, como océano revuelto y tremendo. Cita a Groussac, que los llama “cíclopes”, “feroces calibanes” y puntualiza:

Calibán reina en la isla de Manhattan, en San Francisco, en Boston, en Washington, en todo el país. Ha conseguido establecer el imperio de la materia desde su estado misterioso con Edison, hasta la apoteosis del puerco, en esa abrumadora ciudad de Chicago. Calibán se satura de “whisky”, como en el drama de Shakespeare de vino . . . engorda y se multiplica.⁷⁹

Pero cuando surge el inconforme, el que necesita sonar y desprenderse, la venganza es terrible: “Calibán mueve contra él a Sycorax, y se le destierra o se le mata. Esto vio el mundo con Edgar Allan Poe, el cisne desdichado que mejor ha conocido el ensueño y la muerte”:⁸⁰ en esa loca sinfonía nacional llena de ruidos, apareció “el cisne”, condenado desde el principio al fracaso y la destrucción, a volverse contra sí mismo para proteger su única propiedad. De “vaga y triste” —no podía ser de otra forma— califica Rubén a la poesía de Poe. Sus “mujeres” vienen a la mente como antídoto contra la chatura del entorno: “Irene, la dama brillante”, “Eulalia, la dulce”, “Frances, la amada”, “Ulalume, la

⁷⁸ *Obras*, t. II, pp. 258-259.

⁷⁹ *Obras*, t. II, p. 259.

⁸⁰ *Obras*, t. II, p. 259.

nebulosa”, “Helen, la de la luna”, “Annie, la de los besos”, “An-nabel Lee, la amorosa”, “Isabel, la coloquial”, “Ligea, la medita-bunda”; es decir, en todas, las virtudes que sirven para hacer el bien del poeta, pues “consuelan y enjugan la frente del lírico Pro-meteo, amarrado a la montaña yankee, cuyo cuervo, más cruel aún que el buitre esquiliano, sentado sobre el busto de Palas, tortura el corazón del desdichado, apuñalándole con la monótona palabra de la desesperanza”.⁸¹ Y es Palas, la ciencia y la sabiduría útil y no la bella Afrodita, quien preside el holocausto. Así tenía que ser.

“Nacido en un país de vida práctica y material, la influencia del medio obra en él al contrario. De un país de cálculo brota ima-ginación tan estupenda”.⁸² Se cobrarán del pecado de Poe, de ese “Ariel hecho hombre”, con “la infame autopsia moral que se hi-zo del ilustre difunto”.⁸³ La clase, la pureza de las sábanas de la cama germinal y de la cuna protectora, contemplan al joven acusa-doramente: “Los hijos de la fofa aristocracia del lugar miran por encima del hombro al hijo de la cómica”.⁸⁴ ¿Es ése el país de la igualdad, donde el hombre —así se enseñaba— es valorado por sus virtudes ciudadanas y su servicio? Pero resulta que “desde muy temprano conoció las acechanzas del lobo racional”,⁸⁵ que termina por engullirlo y después, sublima hipocresía, por levantarle es-tatuas.

De personaje tan ajeno a lo latinoamericano como Villiers de l’Isle Adam también habla Darío en uno de sus “raros”, de ese “indecoroso siglo XIX” donde nació el caballero gentil que en su sueño de hermosura fabricó el programa de gobierno, nunca reali-zado, de un reino nunca existente, donde “echó . . . a todos los ciudadanos de los Estados Unidos de Norteamérica”⁸⁶ y “cerró las puertas . . . a los bárbaros occidentales”,⁸⁷ “pero la suerte, ¡oh, si-re!, ¡oh, excelso poeta!, no quiso que se realizase ese adorable sue-ño, en este tiempo que ha podido envolver en la más alta apoteosis la abominable figura de un Franklin”, por ese “rastacuerismo” (pa-labra que Darío comentó con brillo en alguna de sus notas y signo

⁸¹ *Obras*, t. II, p. 260.

⁸² *Obras*, t. II, p. 262.

⁸³ *Obras*, t. II, p. 262.

⁸⁴ *Obras*, t. II, p. 268.

⁸⁵ *Ibid.*

⁸⁶ *Obras*, t. II, p. 300.

⁸⁷ *Obras*, t. II, p. 301.

inequívoco del burgués utilitario para él), que arrastra el pellejo sobre el duro y polvoso suelo. Curiosa la distancia que abre el poeta entre las nociones del “genio” auténtico y el “semigenio” pedestre:

Más de una vez habréis pensado en ciertos espíritus que hubieran podido ser, con una chispa más del fuego celeste con que Dios forma los genios, genios completos, genios totales; pero que, águilas de cortas alas, ni pueden llegar a la suprema altura, como los cóndores, ni revolver en el bosque, como los ruiseñores. Van más allá del talento de los semigenios; pero no tienen voz para decir, como en la página de Hugo, a las puertas del infinito: “Abrid; yo soy el Dante”. Por lo tanto, flotan aislados sin poder subir a las fortalezas titánicas de Shakespeare, ni acogerse a los quioscos floridos de Gautier. Y son unos desgraciados.⁸⁸

En suma, la mediocridad completa, que ni puede volar demasiado alto ni demasiado bajo, la medianía gris, de alusión fácil y evidente, estrechada con todo lo anterior, que impide la grandeza al mismo tiempo que la gracia. “Colosos” imponentes, pero torpes y “rastacueros”, que visten “las abominaciones occidentales —paraguas, sombrero de pelo, periódicos, constituciones, etc., la Civilización y el Progreso, con mayúsculas”,⁸⁹ amantes ciegos de lo grandioso pero conseguidores sólo de lo monstruoso. El premio de no ser premiado, por rara paradoja, lo afirma al conde aún más en su destino de belleza, pues el poeta “creó una obra en un terreno prosaico y difícil”, para no tratar de cantar una grandeza inexistente. De Poe y Swift toma para amasar su drama “Le Nouveau Monde”, que “aunque difícilmente representable, queda como una de las manifestaciones más poderosas de la moderna dramática. El esfuerzo principal consiste, a mi modo de ver —señala Darío—, en la representación de un personaje como ‘Mistress’ Andrews —en el medio norteamericano, de suyo refractario a la verdadera poesía—, tipo rodeado de una bruma legendaria, hasta convertirse en una figura vaporosa, encantada y poética”.⁹⁰ Ésa fue la tragedia del conde, nacer fuera de su siglo verdadero y caer en la época donde lo prosaico dominaba como amo absoluto.

⁸⁸ *Ibid.*

⁸⁹ *Obras*, t. II, p. 302.

⁹⁰ *Obras*, t. II, p. 308.

No es otro el caso del dulce poeta portugués Eugenio de Castro; como Poe y De l'Isle Adam, ser fuera de la órbita general, "raro" en el sentido de gema que daba Darío a la palabra. Su comentario le sirve para la queja sincera que se le escapa del corazón:

Lamenté con una honda voz de artista puro, la belleza poluta por la brutalidad de la moderna vida, por las bajas conquistas del interés y de la utilidad. "El americanismo reina absolutamente"; destruye las catedrales para levantar almacenes; derrumba palacios para alzar chimeneas . . . las multitudes triunfantes aclaman al progreso; Edison es el nuevo Mesías; las Bolsas son los nuevos templos.⁹¹

Y la protesta que mueve en el espíritu noble y cultivado, el espectáculo de lo útil triunfante sobre las ruinas de la civilización, "la queja de todos los artistas, amigos del alma; y considerad si se podría lanzar con justicia ese clamor de Coimbra en este gran Buenos Aires, que, con los ojos fijos en los Estados Unidos, al llegar a igualar a Nueva York, podrá levantar un gigantesco Sarmiento de bronce, como la libertad de Bartholdi, la frente vuelta hacia el país de los ferrocarriles".⁹² Espantable imagen de Darío y para combatirla, el artista soldado se hace capitán y aun general; el poeta incomprendido, aislado, débil y casi maniatado, sólo tiene para oponer la mente llena de lo bello y el brazo que lo traduce en su escritura, pues ése es su reino inalienable:

Que la literatura es sólo para los literatos, como las matemáticas son sólo para los matemáticos y la química para los químicos. Así como en religión sólo valen las fes puras, en arte sólo valen las opiniones de conciencia, y para tener una concienzuda opinión artística es necesario ser un artista.⁹³

A cada quien su reino.

Artista como ése, pero aún más multiplicado en su faena de conciencia, considera Darío a Martí, como él, otro "raro" entre los grandes. En las propias páginas de *La Nación* donde el otro escri-

⁹¹ *Obras*, t. II, p. 503.

⁹² *Obras*, t. II, pp. 503-504.

⁹³ *Obras*, t. II, p. 505.

biera, le consagra y reverencia, en gesto hermoso de hijo agradecido al padre que ya se fue. Y eso que, como dice,

quien escribe estas líneas, que salen atropelladas de corazón y cerebro, no es de los que creen en las riquezas existentes de América . . . Somos muy pobres . . . Tan pobres, que nuestros espíritus, si no viniese el alimento extranjero, se morirían de hambre. ¡Debemos llorar mucho por esto al que ha caído! Quien murió allá en Cuba era de lo mejor, de lo poco que tenemos nosotros los pobres . . . Hay entre los enormes volúmenes de la colección de *La Nación* tanto de su metal fino y piedras preciosas que podría sacarse de allí la mejor y más rica estatua . . . Nunca la lengua nuestra tuvo mejores tintas, caprichos y bizarrías.⁹⁴

A ese padre artístico y señero, retrató como

aquel hombre que aborreció el mal y el dolor, aquel amable león, de pecho columbino, que pudiendo desjarretar, aplastar, herir, morder, desgarrar, fué siempre seda y miel hasta con sus enemigos . . . ¡Padeció mucho Martí!: desde las túnicas consumidoras, del temperamento y de la enfermedad, hasta la inmensa pena del señalado que se siente desconocido entre la general estolidez ambiente.⁹⁵

En una palabra: *raro*. Es un hombre grande el que aprecia y retrata con trazos vívidos, auténticos y dolorosos la tragedia personal de otro hombre grande: “Martí, el gran Martí, andaba de tierra en tierra, aquí en tristezas, allá en los abominables cuidados de las pequeñas miserias de la falta de oro en suelo extranjero”,⁹⁶ apenas paliado su dolor de peregrino por “la acogida que *l'élite* de la Prensa americana —en Buenos Aires y México— tuvo para sus correspondencias y artículos de colaboración”.⁹⁷ El destino por cumplir lo lleva a Nueva York: “Allá, a aquella ciclópea ciudad, fue aquel caballero del pensamiento, a trabajar y a bregar más que nunca”,⁹⁸ a sufrir la suerte de los elegidos que fundan, y no duda, conociéndole, en afirmar el nicaragüense que “ese tiempo fue el más hermoso tiempo de José Martí”,⁹⁹ feliz en el compromiso y

⁹⁴ *Obras*, t. II, pp. 480-481.

⁹⁵ *Obras*, t. II, p. 482.

⁹⁶ *Obras*, t. II, p. 484.

⁹⁷ *Ibid.*

⁹⁸ *Obras*, t. II, p. 484.

⁹⁹ *Obras*, t. II, p. 485.

en la entrega diaria, jirón a jirón. Y la coincidencia admirable, que explica la propia pasión latina de Darío, se distiende en sus palabras sobre el maestro y su visión americana:

Con una magia incomparable hacía ver unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas. Aquella *Nación* colosal, la "sabana" de antaño, presentaba en sus columnas, a cada correo de Nueva York, espesas inundaciones de tinta. Los Estados Unidos de Bourget deleitan y divierten; los Estados Unidos de Groussac hacen pensar; los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama que casi se diría aumenta el color de la visión real . . . Y, cuando el famoso Congreso Panamericano, sus cartas fueron sencillamente un libro. En aquellas correspondencias hablaba de los peligros del yankee, de los ojos cuidadosos que debía tener la América latina respecto a la Hermana mayor; y del fondo de aquella frase que una boca argentina opuso a la frase de Monroe.¹⁰⁰

Años después, el recuerdo emocionado le vuelve a dictar páginas para Martí. Más maduro, hablará del poeta y del hombre y descubrirá en él nuevos lazos y sonoridades; dirá, por ejemplo, que "ponía en la forma anticuada un brío y una fantasía llenos de ideas y conocimientos universales, y así resulta moderno y actual como pocos. Sus períodos caudalosos reflejan cosas estelares, y resuenan, con magníficas armonías".¹⁰¹ De su labor como hombre de ideas y de acción, dirá:

El pensador, el luchador, se va por las entrañas de la vida; piensa, lucubra, hace sus planes vastos. Va con su poder mental, con su imaginación, en osadas excursiones. Penetra en el secreto trágico de la existencia de los hombres. Ve las bregas, los desengaños y las miserias.¹⁰²

Lo cita en sus días dolorosos de temor profundo por las garras del águila que ambos vieron cómo comenzaba a planear el dominio. Extenso lo cita en esa hora, cuando habla de su *Ismaelillo*.

Lo recuerda en la patria chica, Cuba, y en la grande, América, "la nuestra", como él era "nuestro Martí", según dice con disfrute. Y la despedida, antes de marchar al "reino donde yacen los muchos", donde le ve la entraña desesperada, cuando de los Estados Unidos fuertes y nobles, los de su parte mejor, tomó fuerza en "ti-

¹⁰⁰ *Obras*, t. II, pp. 486-487.

¹⁰¹ *Obras*, t. IV, p. 931.

¹⁰² *Obras*, t. IV, p. 941.

pos como Whitman y Emerson, que en el hervidero de las ideas, le sirvieron para fortificarse”,¹⁰³ dejando la imagen entera y vibrante de ese momento, cuando “se le vieron . . . en Nueva York y en Washington, alas de cisne”.¹⁰⁴

¹⁰³ *Obras*, t. IV, p. 961.

¹⁰⁴ *Ibid.*